



de modo que aun cuando no se equivoque, obliga á discurrir mucho tiempo para saber el sentido de las frases con que designa las horas y los dias de sus aventuras.

¿Pero creia en la astrología, segun dicen sus comentadores? Separándose en esto Dante del *maestro de los que saben*, el cual piensa que la vida activa no conviene á la perfeccion de los séres celestiales, se aproxima á Platon y cree que no es propio de los espíritus puros, ó como se dice vulgarmente, de los ángeles, la vida contemplativa, sino la activa, haciéndolos motores y directores de las esferas, no por medio del movimiento, sino de la inteligencia (1). Estas estrellas son á sus ojos otros tantos espíritus, ministros de la Providencia, movidos por el amor (2) que penetra el universo y resplandece en unas partes más que en otras. Este amor que envuelve el empíreo cielo, comunica de esfera en esfera hasta la tierra su movimiento, que ordenado necesariamente, dispensa á los mortales varios grados de las virtudes divinas de que están dotadas por la divinidad. Pero semejante influencia no supone necesidad, porque de otro modo no habria mérito ni demérito (3): sólo inician los movimientos, sin impedir que la educacion, la razon y el libre albedrío los dirijan, y mucho más las vicisitudes, es decir, segun que la naturaleza encuentra favorable ó adversa á la fortuna.

Nada viene á conceder, por tanto, á las estrellas, sino la influencia sobre los temperamentos, ó sea sobre la facultad vegetativa, en la cual, unida con la sensitiva y con la racional, consiste, dice en el *Convivio*, el alma del hombre. Y con más claridad manifiesta en el

(1) Vosotros que con la inteligencia moveis el tercer cielo.

(2) El amor que mueve el sol y las otras estrellas.

(3) Si así fuese, en vosotros se destruiria, etc.

Volgare eloquio, que el hombre es vegetativo, sensitivo y racional; que como vegetativo tiende á su conservacion, como sensible á los placeres, y como racional á la virtud; y de aquí que debe obrar de modo que consiga el hábito de hacer el bien y evitar el mal segun estos tres aspectos.

Que los planetas influyen en el temperamento ha sido opinion de graves sabios, que no ha desaparecido enteramente: que los temperamentos empujan ó detienen al hombre en muchas acciones, nadie lo niega. Así pues, cuando Dante se congratula consigo mismo de reconocer en la constelacion Géminis todo su ingenio, sea cual fuere, no habla más que del influjo que esta constelacion tuvo en su nacimiento y en la conformacion de sus órganos, por los cuales se modifican el pensamiento y la voluntad por las secretas vías que jamás podrá descubrir el entendimiento humano. Por consiguiente, al decir de Brunnetto Fatini, que *si sigue su estrella no puede menos de llegar al glorioso puerto* (1), sigue la costumbre de aquel maestro suyo que se dedicó á la astrología, y que, segun dicen, habia formado el horóscopo de Dante. Y donde dice: *De manera que si mi buena estrella á otra cosa mejor me ha dado el bien* (2), demuestra suficientemente con esta forma vacilante cuán léjos estaba de atribuir á las estrellas una importancia absoluta, opinion que estaria en desacuerdo con sus ideas teológicas, filosóficas y poéticas (3).

No se nos culpe de que nos entretenemos en las doctrinas de los hombres ilustres, porque en ellos instruyen tambien los errores.

(1) *lf.* XV.

(2) *lf.* XXVI.

(3) Cecco de Ascoli en *Acerba*, lib. III, c. 10, cita una carta que le dirige Dante contra la influencia de los planetas.

CAPÍTULO XXXIV.

Historia.

Puede decirse que ningun país de Italia carece de crónicas, y así lo hemos manifestado, valiéndonos de ellas; pero Florencia tiene las mejores, no sólo por el lenguaje, sino tambien por el buen juicio y prudente ingenuidad que en ellas se advierte. Ricordano Malaspina escribió todo lo que encontró en *las historias de los antiguos libros de los maestros doctores*, pues entónces eran sinónimos escrito y verdad, y posteriormente, los sucesos de que fué testigo hasta 1280.

Continuó su obra hasta 1312 Dino Compagni, que se propuso «escribir la verdad de las cosas ciertas que vió ú oyó, y aquellas que no vió con claridad pensó escribirlas segun las habia oido; y como muchos por su mala intencion se exceden en lo que dicen y corrompen la verdad, prometió escribir lo más admittido.» Reglas extrañas de lo que ha de creerse, las cuales nos muestran que entónces no habia nacido aún la verdadera historia, cuyo menor trabajo es el contar los hechos. Fué muchas veces magistrado de su patria, y procuraba hacer comprender las ventajas de la paz. «Encontrándome yo en dicho consejo, deseoso de que existiese union y paz entre los ciudadanos, ántes de que salieran, dije: Señores: ¿por

»qué quereis trastornar y destruir tan buena ciudad? ¿Contra quién quereis pelear? ¿Contra vuestros hermanos? ¿Qué victoria conseguireis? Solamente llanto. Respondieron que su determinacion no tenia otro objeto que evitar el escándalo y permanecer en paz. Oido lo cual, me uní con Lapo de Guazza Ulivieri, bueno y leal ciudadano, y fuimos juntos á ver á los magistrados supremos, y llevamos á algunos que habian asistido á dicho consejo, y mediando entre los magistrados y ellos, calmamos á los señores con palabras dulces. Y el señor Palmieri Altoviti, que entónces era de los nobles, los reprendió fuertemente sin amenazarlos. Su respuesta fué que de aquella reunion nada resultaria, y que algunos hombres que habian ido en su busca, se les dejase marchar sin hacerles daño; y así lo mandaron los señores magistrados.»

Y en otra parte: «En este estado las cosas (á la llegada de Carlos de Valois) á mi Dino me ocurrió una santa y honesta idea, pensando: *Este señor vendrá y encontrará divididos á todos los ciudadanos, de lo cual resultará gran escándalo.* Pensé, por la ocupacion que yo tenia y por la buena voluntad que advertia en mis compañeros, reunir á muchos buenos ciu-



«dadanos en la Iglesia de San Juan, y así lo hice, habiendo entre ellos de todos los oficios, y cuando lo creí oportuno, dije: Queridos y valientes ciudadanos, que habeis sido bautizados la mayor parte en esta pila: la razón os obliga é impele á amaros como queridos hermanos, y más aún porque poseeis la ciudad más noble del mundo. Han nacido entre vosotros algunos odios por las rivalidades de los oficios, los cuales, como sabeis, hemos prometido con juramento reunirlos mis compañeros y yo. Ahora va á llegar ese señor y conviene honrarle. Alejad vuestros odios y haced las paces para que no os encuentre divididos; alejad de vuestro ánimo las ofensas y malas voluntades, y cesad en vuestra conducta pasada; perdonaos por amor y bien de vuestra ciudad. Y sobre esta sagrada fuente donde recibisteis el bautismo, juraos mutuamente buena y perfecta armonía, para que el señor que va á venir encuentre unidos á todos los ciudadanos. Al oír estas palabras se reconciliaron unos con otros, y juraron, poniendo la mano sobre los Evangelios, que vivirían en paz y conservarían los honores y jurisdicción de la ciudad; hecho lo cual salimos de aquel sitio. Los malos ciudadanos, que vertían lágrimas de ternura, bebían los Evangelios y mostraban mayor entusiasmo, fueron los que más contribuyeron á la destrucción de la ciudad, y callo sus nombres por decoro. Aquellos que tenían mala intención decían que se había adquirido por medio del engaño aquella caritativa paz; pero si en las palabras hubo alguno, yo debí sufrir la pena, aunque no se debe referir una injuria en cambio de una buena intención; he vertido muchas lágrimas pensando cuántas almas se habrán condenado por la malicia de aquellos.»

Este deseo de paz comunica no pocas veces vehemencia á su estilo; sirva de prueba este párrafo: «Levantaos, malvados ciudadanos, llenos de infamia; tomad el hierro y el fuego, extended vuestra malicia, manifestando vuestros inicuos deseos é infames propósitos; no os detengais más; andad y destruid las bellezas de vuestra ciudad; haced correr la sangre de vuestros hermanos, despojaos de los sentimientos

de fidelidad y de amor, negaos unos á otros el favor y el amparo, sembrad vuestras mentiras que llenarán los graneros de vuestros hijos, haced lo que hizo Sila en la ciudad de Roma, que todos los males que hizo en diez años los vengó Mario en pocos días. ¿Creeis que no existe ya la justicia de Dios? También la del mundo castiga todos los crímenes. Mirad si vuestros antepasados han conseguido méritos en sus discordias; cambiad los honores que adquirieron. No os detengais, miserables; que más se destruye en un día de guerra que se gana en muchos años de paz, y es pequeña aquella chispa que lleva la destrucción á un gran reino.»

Con nobles intenciones y recto juicio conduce su trabajo, el cual es muy extraño quedase desconocido á los Villani, sus contemporáneos, y á los posteriores casi hasta Muratori.

Juan Villani, comerciante de Florencia, que llegó á los primeros puestos de la República, fué á Roma en el jubileo de 1300, y la vista de tantos monumentos, y la lectura de Salustio, Livio, Valerio, Pablo Orosio, Virgilio, Lucano y otros maestros de historia, le sugirieron la idea de narrar los acontecimientos de su patria, para memoria y ejemplo de los futuros, gloria de Dios y del bienaventurado San Juan, y honor de su ciudad de Florencia. Y lo hizo en doce libros, en los cuales adopta sin discernimiento las fábulas antiguas, copiando también largos trozos de Malaspina, hasta que al llegar á su tiempo expone los hechos con gran provecho, sin concretarse á su patria. Carece de pretensiones literarias y es rudo en la gramática (1); «la unión de las palabras es sencilla y natural; nada es superfluo, nada está de más, nada tiene de esforzado, ni el lector descubre nada de artificioso; esto no obstante, en aquella sencillez

(1) «Conviene comenzar el libro XII, pues que lo exige así el curso de nuestro tratado, porque nueva materia, grandes mudanzas y diversas revoluciones ocurrieron en aquellos tiempos en nuestra ciudad de Florencia por nuestras discordias entre los ciudadanos, y la mala administración de los Veinte, como ya hemos dicho, y fueron tantas, que yo, siendo autor y habiendo estado presente, dudo que nuestros sucesores las crean verdaderas, y fueron tales como dirémos ahora.»



«llez se ve una gracia y una belleza semejante á la que vemos en el rostro gentil, pero no acicalado, de noble señora ó doncella» (SALVIATTI). Como buen comerciante, toma interés en las cosas reales que los contemporáneos extranjeros descuidan, y mientras éstos sólo nos sirven en cuanto nos dan cuenta de sus impresiones personales, Villani procede con exactitud é inteligencia, examina, compara, juzga, y une la ciencia de la vida á la gravedad de los antiguos, á quienes no conocía solamente de nombre: por este medio habría podido Italia elevarse hasta la historia original, pero se contentó con imitar. Tanto positivismo no le impidió creer en milagros y en la astrología, debilidad que se le perdona con facilidad. Se inclina sin disimularlo al partido güelfo, pero manifiesta con ingenuidad sus puros sentimientos, exaltándose al hablar de su patria y exponiendo los hechos con convicción afectuosa, y tal vez pintoresca.

Murió en la peste de 1348, y continuó su obra su hermano Mateo, que pinta con gran viveza las costumbres y los sucesos é inspira respeto y amor. Hombre conocedor del corazón humano y de las intrigas de la política, declama contra el vicio y se entusiasma con la libertad, sin que sus ideas religiosas le impidan revelar los extravíos de los papas.

La peste de 1362 lo arrebató, y su hijo Felipe trazó una narración hasta 1365, de la cual ya tienen conocimiento nuestros lectores. Habiéndose dedicado al estudio y explicado á Dante en la cátedra, escribe con más arte que su padre y su tío, y procura dar unidad á la narración de cada libro, uniendo á ellos vidas de ilustres florentinos.

Marchione de Coppo Stefani continuó la historia de Juan Villani hasta 1358. Los comentarios de Neri, de Gino Capponi hasta la paz de Lodi, tienen vigor y claridad cual convenía á un hombre dedicado á las armas y á los negocios. Felipe de Cino Rinuccini escribió unos Recuerdos históricos desde 1282 á 1460, que continuaron sus hijos Alamanno y Neri. Antes era costumbre entre los habitantes de Florencia tener unos libros que llamaban Prioristi, porque en ellos anotaban el nombre de

los supremos magistrados de la república (priori), y en los cuales registraban los principales sucesos de su país y de los extranjeros; estos libros constituían la tradición doméstica.

Albertino Mussato, magistrado paduano, escribió en latín diez y seis libros de Historia Augusta, sobre los hechos de Enrique VII; en otros ocho los acontecimientos hasta 1317; después en tres libros en verso, el sitio puesto á Pádua por Can de la Scala; y últimamente las discordias que sometieron esta ciudad á los señores de Verona. Suya es la primera muestra que tenemos de la tragedia moderna, el Aquiles y el Eccelino. Los dos Cortussi, que continuaron su trabajo, son muy inferiores á él; pero Félix Oxio escribió unos comentarios de todas las líneas de Mussato, haciendo ver lo que había imitado de Simmaco, Macrobio, Sidonio y Lactancio, de tal modo que diez y seis líneas de original le dan motivo para escribir ochenta y seis de notas. Que se tomasen el ímprobo trabajo de leerlas, prueba en primer lugar que los autores de la baja latinidad eran mejor estudiados que Livio y Cicerón, y en segundo que principiaban á cuidarse del estilo. Y en efecto: Mussato, Juan de Cermentate, notario de Milan, y el vicentino Ferreto, se dedicaron á desembarazar la lengua latina, y si en su penoso trabajo de imitación sofocaban la originalidad, merecen sin embargo gratitud.

Marin Sanuto (Torsello), que señala la transición de las ideas religiosas á las comerciales, estuvo cinco veces en Oriente, recorrió la Armenia, el Egipto, Chipre y Rodas, y habiendo adquirido práctica en las cosas de mar, de la milicia y en la geografía, y uniendo á los conocimientos políticos y militares de su tiempo un talento elevado, escribió *Secreta fidelium crucis*, que es el primer libro de economía. Le dividió en tres partes en honor de la Trinidad y porque tres son los medios más eficaces de recobrar la salud: el jarabe preparatorio, el medicamento oportuno y el régimen. Trata de persuadir de la conveniencia de una cruzada, no considerándola religiosamente, sino mirándola bajo el punto de vista comercial, por lo cual á los textos que recomiendan al buen cristiano redimir á Jerusalén, añade la lista de



los géneros que se traen por el camino de Tierra Santa, cuánto cuestan y á cuánto asciende su porte; propone como mejor el camino de Egipto, y dice que con diez galeras se puede bloquear este país; fija los hombres, los víveres y el dinero que se necesitarían, siempre con el intento de engrandecer á Venecia, cuyos marineros solamente cree capaces de guiar las naves en los bajos canales del Nilo.

Cerrado así el Egipto, dice que quedaria herido en el corazón el islamismo. Hubiera querido que el ejército de desembarco contase quince mil infantes y trescientos caballos, y que la escuadra fuese toda veneciana, designando la forma y estructura de las galeras de guerra y de las naves de transporte, algunas armadas; describe minuciosamente las catapultas que él llama máquinas comunes y lontanarias, dando todas sus dimensiones y proporciones segun la vária distancia, la longitud de la pértiga y la carga, ó sea la caja, advirtiendo que consiste gran parte de su perfeccion en la redondez de la piedra y en su justa igualdad con el contrapeso y las dimensiones de la máquina, es decir, con el calibre de aquellos antiguos instrumentos. Hace las mismas observaciones acerca de las ballestas, lo cual debe ser uno de los primeros pensamientos del general del ejército cruzado. En otra parte da reglas sobre los campamentos, sacadas de Vegetio y de César; manifiesta tener práctica en el arte de las fortalezas, segun su época, dando pruebas de ello en una graciosa parábola.

«Si vuestra santidad (dice al papa) quisiera saber cuánto costarán todos los gastos y qué debe hacerse para emprenderla con los tártaros, respondo que en tres años aquel gasto ascenderá á veintiuna veces cien mil florines, contando el florin á dos sueldos de *grosos* de Venecia, es decir, setecientos mil florines poco más ó ménos cada año para sueldos, municiones y conservar buenas relaciones con los tártaros, y para naves, armamento, castramentacion y pertrechos, trescientos mil florines en tres años; en todo setecientos mil florines al año (1).»

(1) *Secreta-fidelium crucis*, II, parte 1.^a, cap. 4.

Estos datos nos sirven para conocer los valores de entónces. Calculamos que el soldado de á caballo cuesta triple que el de á pié; si un ejército de quince mil infantes y trescientos caballos cuesta seiscentos mil florines anuales, otro de diez mil infantes y mil cuatrocientos caballos debe costar quinientos treinta y cinco mil ochocientos cuarenta y nueve, y añadiendo trescientos mil florines por los primeros gastos de la expedicion, serán ochocientos treinta y cinco mil ochocientos cuarenta y nueve florines. Sanuto dice que el florin es igual á dos sueldos de grosos de Venecia, por lo que aquella expedicion debía costar un millon seiscentos setenta y un mil setecientos ochenta y nueve sueldos de grosos. El sueldo era la vigésima parte de la libra, y la libra valia diez ducados, los cuales debian ser equivalentes á diez y siete francos de los actuales. Aquel ejército, pues, debía costar catorce millones doscientos diez mil doscientos ochenta y dos francos, es decir, mil francos anuales cada hombre.

Puede comprobarse este cálculo comparándole con los valores fijos de los víveres. Sanuto nos proporciona el medio de hacerlos diciendo: «La libra de bizcocho cuesta cuatro dineros y un tercio. La racion diaria de un hombre compuesta de libra y media costará seis dineros y medio, cuarenta y cinco libras que consume un hombre en treinta dias costarán diez y seis sueldos y tres dineros, moneda pequeña, y en doce meses quinientas cuarenta libras de bizcocho serán seis sueldos de grosos, un groso y cuatro dineros.» Esta última suma, pues, representaba en aquellos tiempos quinientas cuarenta libras de pan; un millon seiscentos setenta y un mil setecientos noventa sueldos, debian representar ciento cuarenta y nueve millones doscientos diez y ocho mil trescientos treinta y cuatro. Esta cantidad equivalia á diez y siete millones, ciento setenta y siete mil ciento cuarenta y cinco libras métricas. No podemos decir con seguridad cuánto valdria hoy la libra métrica de aquel pan, porque no sabemos qué pan daban los venecianos á sus marineros; pero suponiendo que la libra métrica se comprase por veinte centésimos, costaria aquella cantidad catorce millones doscientos treinta y



cinco mil cuatrocientos nueve francos. Estos dos cálculos son tan completamente idénticos, que el uno es la prueba del otro.

Sanuto nos ayuda á formar el mismo cálculo sobre el vino, las carnes saladas, las legumbres, y así de lo demas; pero la poca estabilidad de los valores de estos comestibles y la inseguridad en las medidas antiguas harian completamente hipotética la valuacion. Sin embargo, al sumar las cuentas tendríamos que, para alimentar á un hombre con pan, vino, carne salada, legumbres y queso por espacio de un año, se necesitaban doce sueldos de grosos, es decir, ciento dos francos. Esta cuenta está hecha por Michaud.

Desde este tiempo tenemos una nueva fuente histórica en las relaciones de los embajadores venecianos, los cuales estaban obligados desde 1296 á hacerlas al tribunal, y en 1425 se estableció las extendiesen por escrito (1). Se conservaban en el archivo público, de donde acaso ilegalmente se sacaban copias, que hoy se hallan en abundancia en los archivos particulares, y son muy importantes por el gran número de noticias que contienen y por lo á propósito que son para conocer á los grandes.

Entre tanto renacia la crítica, y Petrarca fué uno de los primeros que la usaron, devolviendo algunas obras á sus autores, aunque no siempre acierta (2), y probando la falsedad de un diploma que le envió Carlos IV, en el cual Julio César y Neron libran al Austria de la dependencia imperial (3). Se lamenta de que los romanos ignoren sus propias cosas y destruyan por vil interes los preciosos restos perdonados por los bárbaros (4), y alaba á Nicolas Rienzi por haberlos restaurado y ser admirador de la antigüedad en ellos (5). Tambien Pastrengo re-

(1) Referant suas legationes in illis consiliis, in quibus electi fuerunt (1296).—In scriptis relationes facere teneantur (1425).

(2) *Senil.*, XV, 5.

(3) *Famil.*, II, 4, IV, 9.

(4) *Famil.*, VI, 6, Hort ad Nicol. Laurent.

(5) El cronista de Nicolas dice: «Fué desde su juventud amantado con la elocuencia, fué buen gramático, mejor retórico y excelente autor. ¡Y con cuánta velocidad leía! Hojeaba mucho á Tito Livio, Séneca, Tulio y Valerio Máximo; se complacia extraordinariamente en referir las grandezas de Julio César. To-

cogia antiguallas y copiaba inscripciones, y Nicolas Nicoli tenia una coleccion de medallas, de que se sirvió para fijar la ortografia de algunas voces.

Ya habian visto los antiguos que las inscripciones podian servir de apoyo á la historia. Nicolas V dió el encargo de reunir las á Pizzocolli, llamado Ciriaco Anconitano, el cual copió cuantas encontró en Italia, Grecia, Hungría, y en los países de Levante que aún no habian tocado los turcos (1). Tambien reunió muchas fray Giocondo de Verona, pero no las publicó. En Reggio se conserva manuscrita la coleccion de Miguel Ferravino; otra hizo Nicolas Perotto, obispo de Manfredonia, y otros otras de provincias particulares. Jerónimo Bologni fué el primero que añadió á los monumentos explicaciones y comentarios, de suerte que la historia se presenta desde entónces apoyada en la erudicion. Con ayuda de ésta explicó Biondo Flavio, secretario de Eugenio IV, los edificios, la administracion, las leyes, las ceremonias y la disciplina militar de Roma (*Romæ instauratæ libro III.—Romæ triumphantis libri IX*); posteriormente describió en la *Italia illustrata* los catorce departamentos de la península, y era casi imposible que no incurriese en muchos errores. Ménos comete Bernardo Rucellaj (*De urbe Roma*), espléndido amigo de los literatos, que en sus bodas con una hija de Pedro de Médicis gastó treinta y siete mil florines, y en sus magníficas habitaciones reunia la academia platónica, por lo cual se hicieron célebres los Hueritos de Rucellaj.

El florentino Domingo Fiocchi escribió acerca de los magistrados romanos. Al ver los monumentos antiguos se conmovia Pomponio Leto hasta verter lágrimas: era natural de Calabria y bastardo de los Sanseverino; recorrió en busca de dichos monumentos hasta las orillas del Ta-

dos los dias iba á examinar las esculturas de los mármoles que están al rededor de Roma. Sólo él sabia leer los epitafios antiguos, traducir los escritos antiguos, é interpretar con verdad aquellas figuras de mármol.»

(1) Fueron publicadas en 1654 por Carlos Moroni. Tiraboschi da de ellas una extensa noticia, VII, 292. De ellas tratamos en la Arqueología.